

## JUVENTUD

No fue una batalla, fue la batalla, y no porque fuera la única de esta guerra, ni la más cruenta, ni la más dolorosa, ni la última, pero para mí lo cambió todo.

Lo recuerdo todo como en un solo suspiro, unos días que se pasaron como segundos, y sin embargo me desgarraron el alma a cámara lenta. Estoy seguro de que no era mayor que mi hijo, quizás no pasaba ni de los veinte años, y una sonrisa escondida que incluso en la peor de las amarguras pareciera estar en algún rincón de su ser.

Pareció, solo pareció, la más impertinente victoria tras innumerables reveses, aquel ultimo soplo de vida del enfermo terminal, que no imagina que es la vida misma la que le concede el placer de despedirte como un hombre. Insensatos nosotros que pensábamos derrotado al invasor, celebrando el raquítico y nauseabundo sabor de la no derrota, porque ganar ya era imposible. Como una ola tragándose un castillo de arena derribaron nuestra civilización y nuestra forma de vida, galoparon sobre nuestras mujeres y maltrataron nuestras cosechas.

Aquel joven me miró, esa cara que jamás olvidaré, pensaba que quizás vio algo en mí que le hizo dedicarme su atención. Al instante lo reconocí, y aunque nunca habíamos cruzado palabra, sabía de sobra quien era. Natural de mi pueblo, pasaba casi todo el año fuera viajando y viviendo fuera. Pensaba que era un desarraigado, sin ningún aprecio por su tierra y su gente. Sin mediar palabra, se acercó confiado y me ofreció un arma, corriendo al instante, pensando que lo seguiría, y solo se detuvo al comprobar que yo no moví ni un musculo de mi cuerpo. Ya estaba cansado de esta guerra, no me quedaban fuerzas para continuar, habíamos hecho todo lo imposible sin ningún resultado positivo, y aunque me asustaba el mundo que se avecinaba, solté el arma, la solté sin más.

Cuanto añoré los años en que pensar en los míos me hacía feliz, en los que tenía fuerza y convicción de que las cosas se podían hacer mejor, de que luchando se resolverían los problemas. Nuestros mandatarios se vendían, veíamos como la población padecía impávida. Y los que luchábamos solo éramos infames ciudadanos que parecíamos no tener más diversión que instigar y revolucionar las tranquilas vidas de los demás, o al menos eso pensaba la mayoría. ¡Cuánto tiempo hace de eso!

No había caído aun mi nueva arma al suelo, cuando el chico volvió a correr hacia mí, se paró en seco, lo recogió y mirándome como compadeciéndose de mí se marchó de nuevo.

Locura de juventud, ignorante ambición, tan emergente sabiduría censurada por una adolescencia que deduje no había terminado de diluirse por completo aún. ¿Por qué lucharía por una tierra en la que nunca le gustó vivir?

Se detuvo una vez más, y dijo: Tu hijo corre peligro.

Horizontes infinitos perdieron mis pupilas. Esta vez caí yo, de rodillas. Cuanto calor, cuanto fuego hubo en mi interior, cuanta llama que se fue apagando con el tiempo, llama que no hubo de apagarse con agua, sino con orín. Orín que caía desde arriba, y que tan poco a poco me fue mojando, que ni me di cuenta del olor y la suciedad que

me envolvían. Han sido años de acomodamiento, de conformismo, de falsa confianza en que las cosas se arreglarían solas, sin darnos cuenta que nos llevaban a esta situación.

Solté la máscara que llevaba, esa de persona conocida y popular y puede que respetable que creí haberme tallado con el tiempo. Mascara amoldada a lo que me convencieron que era correcto.

Con el rostro descubierto y su anónima elegancia me sentí libre de carga, estrella fugaz que se apaga no sin antes dejar su rastro por donde ha pasado. No sería posible correr más rápido de lo que hice.

¿Alguna vez hubo un tiempo en el que todo iba bien? Me pregunto si acaso en mi niñez todo era perfecto. No tengo recuerdos de preocupaciones, ni sufrimientos. Tal vez no me tocaba a mí, todavía era el turno de mis padres.

Ahora era el turno de mi hijo, un guerrillero e incansable luchador, se encontró rodeado y en pésima situación.

Todavía había quien pensaba que no todo estaba perdido, y que arriesgar tu vida por los demás era más digno que observar el mundo tras la valla de la granja de engorde de la que éramos presos.

Cuatro familias condenadas a morir en el fuego cruzado y sin más abrigo que la calle en donde los exilió esta guerra. Como aquellas estrellas fugaces entramos en batalla. Aquel joven parecía no tener nada que perder, pero lo cierto es que tenía familia y gente que lo quería. Yo tenía miedo, como casi todos, pero esa sonrisa, nunca del todo presente, pero nunca ausente de su rostro la que me dio fuerzas. Rechazaron nuestras acometidas mil y una veces y él nunca se dio por vencido, incluso en los medios más solitarios intentos.

Yo que meditaba con el don de la madurez, y que concebía otras formas de hacer las cosas, vi como a los jóvenes nada les paraba y como se les unían cada vez personas más mayores.

Esta situación no habría sucedido de no ser por los de arriba, aquellos que desde sus palacios saludan cuando luce el arcoíris y en sus fortalezas se refugian en tiempos de tempestad.

Él no conocía a mi hijo, al menos personalmente, le bastaba saber que era su paisano y que estaba en peligro por ayudar a los demás. Todo el tiempo me daba ánimos, bastantes más que yo a él. No luchábamos por nosotros. Si uno cae, todos lo levantamos. Esa era su consigna.

Se nubló nuestra vista, un polvo denso y un grito desgarrador. No hubo piedad con los insurrectos, aunque nunca la hubo con nadie en realidad. Nunca las abejas entregarían su miel sin dejar sus picaduras. Nunca una revolución fue fácil, nunca los caminos están libres de piedras.

Cayó, cayó aquel joven al que acompañaba, y en su cara desecha aun podía distinguirse aquella sonrisa tan intrigante. No recuerdo el instante, ni como ocurrió

exactamente, solo recuerdo la fuerza, el fuego, el remordimiento y todas las sensaciones que causó en mi aquella desgracia.

¿Mereció la pena? Poco antes me había dicho que amaba su tierra, que vivía fuera para aprender y conocer todo lo que no se habla aquí.

Quería traer su experiencia, intentar hacer un lugar mejor. En aquel momento no lo entendí, pero era su punto de vista. Ahora vuelvo a saber que hay otras formas distintas de ver la vida. Esa era la suya, dar lo que recibe.

Rescatamos a mi hijo y a muchos otros. Ahora siento el fuego más vivo que nunca.

Comprendí que la victoria no sería fácil, más no la habría sin sacrificio.

Ahora estamos organizados, pequeños grupos que actuábamos por separado nos hemos convertido en batallones bien organizados y unidos con un mismo objetivo: echar a los invasores y al gobierno que lo permitió. Entiendo que en la juventud está la fuerza que nosotros fuimos perdiendo y que otro mundo es posible. El miedo está cambiando de bando, y cuando entrego un arma y se niegan a cogerla, me veo reflejado en las aguas de la decepción al comprobar el egoísmo inmenso y la docilidad de la que fui participe.

En los últimos meses estamos avanzando y ellos replegándose, es cuestión de tiempo, la reconstrucción del país. Al menos la esperanza es lo último que perderé.

Bendita juventud y sus revoluciones.

FIN